

LLLL 116/111

Associació de Sant Vicent Ferrer del "Mocadoret"



Nou col·legi de S. Vicent en Benagèber

Any 1980

RECUERDOS

LLLL 116

Queremos describir con todos pormenores anécdotas, vicisitudes, preparativos, en que las familias más cercanas a la fiesta al Altar de Sant Vicent del Mocadoret, que incluso nacieron en la misma casa, el mismo piso donde aún ahora habitan y forman parte, antes sus abuelos, padres, tíos, y ahora ellos mismos o su esposo, hijos, hermanos, de la Junta Directiva y como una gran familia que desarrolla su vida por las entrecruzadas callecitas de Milagro del Mocadoret, Verónica, Cubertizo de Santo Tomás, Tapinería... Santa Catalina.

Y a la sombra de esta Iglesia y su torre — que se asoma por ver la fiesta sobre el ábside y contrafuertes pétreos, vidrieras multicolores, quedan estas casas aún repletas por los descendientes de las familias, Agulló, Puchau, Hermano, Dubón, Alberich, Sanchis...

¡Cuantísimo tiempo recordando, asombrándonos al oír tantos hechos y lados emotivos, jocosos, en esta barriada tan antigua!

Carmen y Manola son hermanas, Paquita prima hermana, aquí nacieron y aquí seguirán viviendo... tienen con nosotros animada, animadísima conversación.

Tarde lluviosa, ya anochecido, pero con el presagio de cercana primavera.

Desde balcón y ventanas — a unos metros de la fachada donde se coloca el Altar vemos las placas de mármol y el retablo de cerámica con su farol que relata el milagro de Sant Vicent Ferrer.

Les indico si días antes de la fiesta al oírse ya la música en la calle para la entrega por el cobrador del bizcocho, medallas, cirio, programa y en remotos años, diversidad de obsequios, entre ellos durante unos minutos los músicos que acompañaban el reparto, a la solicitud del clavario correspondiente, entonaban el fragmento de zarzuela, pasodoble o lo que pedían... luego, más reciente, sólo iba dulzainero y tamboril y ahora... les pregunto si en las casas se hacía algún preparativo extraordinario.

— ¡Y tanto!, ¡dice Paquita!, que limpieza de cristales, de cortinas en toda la casa...!, y también con cal la cocina, aquellas cocinas un tanto oscurecidas por el humo del carbón de carrasca y de pino y las piezas o boletas de París.

— Era todo diferente — añade Carmen. Se esperaba la fiesta como cosa muy espectacular de música, luces, flores, tracas, el sacar los cubres de damasco para todos los balcones; y en cuanto a gente, con decirte que había año que mi madre y nosotras teníamos que quedarnos sin ver la subida del Santo, tal eran los “invitados” que abarrotaban toda la casa.

Era una gran alegría para todos. No teníamos en toda la semana más que ir a la escuela o ayudar al trabajo de nuestros Padres, — dice ahora Pepe Sanchis — (y ahora nos enteramos de que también ahora es... poeta). En este ambiente de paz y tranquilidad vivíamos, sin radio, ni mucha diversión, puede que alguien tendría algún gramófono con algunas romanzas de ópera, alguna pieza cómica y, como no, algún cuplé, pero no

se oían todos los días y una vez daban las nueve y media o las diez ya no se oía nadie, todos a descansar...

Carmen Agulló y su hermana Manola nos siguen informando, van recordando lejanías en las que aparece tal y como era el ambiente de aquellos ¡ay!, años de la segunda y tercera época del presente siglo.

Aún estoy viendo —dice Paquita Agulló—, cómo bajábamos de muy temprano para repartir los paquetes de arroz, garbanzos, carne... un rollo de pan y veinticinco céntimos por cada vale y pobre. Con un delantal muy bueno y que nos guardaba el traje de fiesta.

Era una forma, un aspecto del vivir de entonces, que si íbamos bien vestidas no despreciábamos la digna apariencia de ser familiares de artesanos comerciantes. Eramos muy mujeres de nuestras casas.

Así es que de muy temprano —dice Manola— a veces muy antes de que se hiciera la diana por la banda de música y las campanas Peret, Eloy y Margarita de la vecina y bellísima torre sonaran, ya estábamos disponiendo los estantes y mesas para el reparto de los paquetes de comida, ¡cuánta gente modesta de la barriada agrupábase aquí!, y casi enseguida al traslado del Santo desde la casa del Clavario para celebrar la Misa de Comunión. Aunque a veces tenías que quedarte para finalizar la entrega porque venían cientos de pobres...

La mañana era preciosa. Un poco de fresca brisa, pero muy buena y saludable sin contaminación, acaso el paso de algún carro con sus caballerías y algún animalillo que dejase recuerdo de su paso y que de bien pronto siempre había alguien que lo recogiese rápidamente, limpieza de calle y abono para las plantas, ¡qué animación tenía la calle con sus paradas de porrateras aquí mismo delante en el rincón que ofrece esta casa aún ahora!

Y a Santa Catalina. Rebrillaba de luces y buen perfume a flor, a plantas, a trajes nuevos y limpios, a calma dentro del jolgorio que se percibía a través de la puerta de la calle de la Tapinería, de tanta gente de quien sabe desde donde venía a compartir el día entre nosotros.

Empezamos a hacer memoria de los predicadores que actuaron y dialogamos los inicios, los principios de la fiesta, antigüedad del Santo y diversos detalles.

Yo he publicado en este programa, añadimos nosotros, las gacetillas, pequeños anuncios aparecidos en "Las Provincias" por el año 1860 y siguientes... No tengo memoria ahora de las anotaciones que hice, un poco más adelante investigaré de nuevo...

Parece ser la imagen debe de ser por los años 1855, fecha del 4.º centenario de la Canonización. Haré lo posible —insisto—, en buscar más datos y así con toda seguridad poder referir inicios de la imagen asociación, e inicios de la festividad y primeros actos callejeros y religiosos.

Se barajan los comentarios. Es un cambio de recuerdos incesantes. Van llegando a nuestra memoria —ellas en especial—, tantísimos pormenores de la Fiesta.

El castillo de fuegos artificiales en la placeta de Lope de Vega el lunes por la noche era muy renombrado, aún nos parece estar viendo los postes

colocados entre la puerta de Santa Catalina y la Virgen de la Paz... unas cuantas ruedas con bengalas y especie de volcanes, unas cuantas salidas grandes con cañas, pero ninguna carcasa. Todo en tierra, juegos de colores y cambios de cohetes sólo para la barriada...

—Porque el altar...

Ahora son las tres, Paquita, Manola y Carmen quienes se expresan.

—Qué maravilla de adornos, montajes sobre bastidores de madera, telas, arañas de vidrio, motivos alegóricos, piezas decorativas y por arriba, en lo alto cómo envolviéndolo, resguardándole el toldo a rayas azules y blancas, porque, ¡cómo protegía de la lluvia altar y espacio situado ante él, ya que llegaba y cubría todo el amplio de la calle!

Aún están las anillas de hierro, —dice Pepe Sanchis—, donde se anudaban las cuerdas que lo sujetaban.

Y hay que ver el cuidado que tenemos en proteger el Santo aún teniendo en aquellos tiempos montajes cual hornacinas que lo defendían de estos aguaceros, casi siempre nocturnos e imprevistos de Abril...

La de paraguas, hules y tapetes recios que se improvisaban desde mi casa (2.º piso en la casa donde vivía toda la familia del Sr. Arturo y la Sra. Juanita), —nos dice Pepe Sanchis—.

Varios bautizos en las grandes conmemoraciones que hemos visto o nos han contado, por ejemplo la de 1919 —los quinientos años de su muerte—. Fueron Padrinos mi tío Bautista Agulló Puchau y su hermana Manuela. La que llevó al niño que aún vive, Visantet Soler... mi madre Angeles Hermano Bellver, ¡qué solemnidad y qué derroche de dulces, caramelos, juguetes! Ahora sí que me parece estar viendo el último, el especialísimo de 1955, cuando a todo lo largo de esta calle del Milagro había una mesa donde se servía chocolate, mantecado, panquemado, a los niños de la barriada en una mesa de unos treinta metros...

Llegamos a los dificultosos días de Julio de 1936. La imagen estaba aquí en el piso de arriba y era Clavario Navarro, familia de los que tenían el comercio de paraguas, abanicos, silletas de iglesia —sigue contando Paquita—. Un día ya visto el panorama de la persecución religiosa y como se asaltaban los domicilios particulares, vienen a hablar con mi Padre que era el Presidente. Los pobres se lamentan de lo que puede ocurrir si vienen y encuentran la imagen, y como mi padre le tiene tanto cariño a San Vicente se hizo cargo de él. Se envolvió cuidadosamente y se puso encima de un armario aquí dentro de casa... va transcurriendo el tiempo, la cuestión es que crecen las dificultades y es cuando se guarda en el porche, y aunque toda esta barriada se registró aquí no llegaron y pudimos salvarlos intacto, y ¡qué gozo una vez terminada la guerra y vuelta mi hermano Leon del frente! Como se acercaban las fechas de celebrar estos actos vicentinos, se recompuso y vistió con el traje nuevo la imagen y como era una de las pocas que se había salvado de la destrucción, ella presidió en la Lonja —de momento convertida en Catedral— la Misa Mayor oficiada por el Arzobispo D. Prudencio, ¡qué días más gozosos! Se había podido proteger la imagen y luego de siete años se podía celebrar los festejos religiosos por las calles...

La imagen, que iba de tres en tres meses por turno a casa de los Asociados, es de un metro aproximadamente, toda tallada en madera, pero con un peso excesivo. Parece es maciza. Ocurrió que estaba por estas fechas de 1936 en casa de un asociado situado en la plaza del Arzobispo, una de las barriadas más perseguidas por vivir personas de iglesia y muy devotos, pues volvió a ser milagroso de que no se buscara dicha imagen, que se guardaba en un armario, también llamado el Carboneret porque no es que sea de tez morena, es debido a que lo tenía un individuo que se dedicaba a esta profesión y a lo visto necesidad, gastos superfluos, necesitaba dinero y lo empeñó.

Y así aún estando en un ambiente muy comprometido también pudo salvarse por el gran afecto que le tenían. Ahora puede verse todos los días en la Parroquia de San Martín, en el segundo altar, lado derecho junto al púlpito.

Volvemos un poco atrás en el tiempo de calamidades, el bombardeo del 26 de Enero de 1938 sobre las dos y media de la tarde en un día repleto de sol y como unas bombas cayeran en la bóveda de aquí a unos quince metros en Santa Catalina.

Fue horrible —nos dice Manola—, la casa se nos llenó de cristales, de polvo. Mi madre —habla ahora Carmen—, asustada me decía dónde estaba mi hermana Manola, y no se daba cuenta de que la tenía cogida de la mano. Nuestro pensamiento y ahogado sollozo era ¡Sant Vicent Salveumos...! Y así fue porque por aquí cayeron muchas, destrozos y muertos en la plaza del Miguelete, aún se pueden ver las señales en la misma catedral, calles de En Bou, casa del Asilo, calle de la Purísima, San Andrés, Hotel Inglés, calle de la Paz y aquí aún cayendo tan cerca no nos hizo ningún mal...

Ahora que anoche relatamos lo ocurrido en estas fechas de principio de las fiestas falleras en honor de San José, sí que pasamos un mal rato cuando el incendio tan terrible de estos almacenes de ropas que da aquí a espaldas de esta casa donse se coloca el altar. Yo veía la gran hoguera, el grandísimo resplandor y le pedía a San Vicente que no llegase el fuego por aquí, que guardase esta barriada suya. Pasamos muy mal rato.

Así ocurrió cuando la inundación de 1957 —dicen... venía por Correjería y se unía a la que llegaba del Mercado, Martín Mengod, Lope de Vega, más no subió a las aceras y eso que aún en la Platería del Sol llegó a llenar el sótano, pero aquí no nos hizo ningún mal.

Anochece. Frío molesto de viento. Animación en la ciudad, luces, cercanía de San José. Nos reunimos en la parroquia de San Martín a participar misa en sufragio del Directivo de la fiesta, Ricardo Alberich Agulló; muchos devotos, ocasión como esta reflejan el familiar y verdadero afecto que esta barriada se tiene y esto en los tiempos que vivimos no deja de ser una gran hermandad de cuantos vivimos las enseñanzas y caridades de San Vicente Ferrer.

También debemos anotar uno de tantos hechos milagrosos que Sant Vicent del Mocadoret nos hizo en nuestra niñez. Aquí en la planta baja había un almacén de patatas, botes de conservas, cuando jugando nos

metimos tras una gran motaña de botes que eran, siempre me acordaré, de tomate, cuando empiezan a caerse dejándome a mí dentro. Qué susto pasamos —dice Manola— porque yo, aturdida, algo asustada, aprisionada, esperaba como quedaría aquello. Gritos, llamadas, invocaciones a San Vicente, y cuando pudieron quitar el montón de botes allí que salgo yo sin rasguño ni señal alguna de mal, ¡un milagro!

Y con esto terminamos. Aún se comentó y aún podríamos relatar más y más, pero para este año creemos está bien.

Sólo nos queda agradecer públicamente a MANOLA, PAQUITA y CARMEN, la memoria, los recuerdos —agriculces, amargos, dulces...— que tuvieron que volver a revivir y por tanto nosotros relatar esta vida emotiva e íntima de sus familias y de ellas mismas, esencia de la Fiesta de SAN VICENT FERRER DEL MOCADORET.

Siempre agradecidos

T. Berthereau

Ultimo comentario:

Trazando estas líneas —ya en todo su auge las Fallas de San José—, recorriendo la ciudad y por las calles de Joaquín Costa, se nos ocurre visitar al tan conocido y siempre con nosotros en la fiesta D. Vicente Añón... Nos dice su hijo...

Le hemos llevado a que viera las fallas y reviviera en él la gran alegría desbordante en toda la ciudad y barriadas del alrededor... pero las ha visto con una mirada un tanto alegre, pero vana... No ha reaccionado como creíamos. Ya hace tiempo nos mira, nos dice algunas palabras... Creíamos que volvería un tanto a sentir la fiesta.

Volvemos a verle —en pleno y vivaz carácter—, a Visantico. Su presencia en la cena, como en la Misa Mayor, como en la procesión, era obligada. Le veíamos alegre y contento en torno a su Santo, a Sant Vicent del Mocadoret...